

seis mil soldados. Aun á esto se dobló y accedió Pompeyo; pero Léntulo, usando de su autoridad de Consul, no lo permitió, sino que llenando de improperios á Antonio y á Casio, los expelió ignominiosamente del Senado, proporcionando á César el mas plausible pretexto que pudiera desear, y del que se valió principalmente para inflamar á los soldados, poniéndolos á la vista que varones tan principales y adornados de mando habian tenido que huir en carros alquilados bajo el disfraz de esclavos: porque realmente asi era como por miedo habian salido de Roma.

Las tropas que tenia consigo no eran mas que unos trescientos caballos y cinco mil infantes: porque el resto del ejército lo habia dejado al otro lado de los Alpes, y habian de conducirlo los que al efecto habia enviado. Mas poniendo la vista en el principio de las grandes cosas que meditaba, y considerando que el éxito de su primer acometimiento, no tanto necesitaba de grandes fuerzas, como dependia del terror que produce el arrojó, y de la celeridad en aprovechar la ocasion, siéndole mas facil pasmar con la sorpresa, que violentar con el aparato de tropas, dió orden á los gefes y cabos para que llevando solo las espadas, sin otras armas, ocuparan á Arimino, ciudad populosa de la Galia, á fin de tomarla con la menor confusion y muertes que fuese posible; para lo que dió las correspondientes fuerzas á Hortensio. Por lo que hace á él mismo pasó el dia á la vista del público asistiendo al espectáculo de unos gladiadores que se ejercitaban; pero á la caída de la tarde se bañó y ungió, se restituyó á su cámara, pasó un breve rato con los que tenia convidados á cenar, y levantándose de la mesa cuando apenas era de noche, habló con grande afabilidad á todos los demas, y les dijo que le aguardaran, aparentando que habia de volver; mas á unos cuantos de sus amigos les te-

nia prevenido que le siguiesen, no todos juntos, sino unos por una parte y otros por otra. Montó pues en un carruage de los de alquiler, tomando al principio otro camino; pero volviendo luego al de Arimino, cuando llegó al rio que separa la Galia Cisalpina del resto de la Italia, llámase el Rubicon, como al estar mas cerca del riesgo se ofreciese con mas viveza á su imaginacion lo grande de la empresa, cesó de correr, y aun detuvo enteramente la marcha, revolviendo en su ánimo muchas cosas, mudando en silencio de dictámen, ya hácia á uno y ya hácia otro extremo, y haciendo en su propósito continuas variaciones. Mostróse asimismo muy perplejo á los amigos que se hallaban presentes, de cuyo número era Asinio Polion; calculando con ellos los grandes males de que iba á ser principio el paso de aquel rio, y cuánta habia de ser la memoria que de él quedara á los que despues vendrian. Por fin con algo de cólera, como si dejándose de discursos se abandonara á lo futuro, y pronunciando aquella expresion comun, propia de los que corren suertes dudosas y aventuradas, *tirado está ya el dado*, se arrojó á pasar; y continuando con celeridad lo que restaba de camino, llegó á Arimino antes del dia, y le ocupó. Dicese que la noche anterior á este paso tuvo un ensueño abominable; pues le pareció que se acercaba á su madre con una mezcla que sin horror no puede pronunciarse.

Despues de tomado Arimino, como si á la guerra se le hubieran abierto anchurosas puertas contra toda la tierra y el mar, y como si las leyes de la república se hubieran conmovido con traspasarse los términos de una provincia, no se veía á hombres y mugeres como en otras ocasiones discurrir por la Italia; sino alborotadas las ciudades enteras, y que huyendo corrian de unas á otras. La misma Roma, como inundada de diferentes olas con la fuga y concurso de los

pueblos del contorno, ni obedecía facilmente á los magistrados, ni escuchaba razon alguna en semejante tumulto y borrasca; y estuvo en muy poco que por sí misma no fuese destruida. Porque no habia parte alguna que no estuviese agitada de pasiones contrarias y de conmociones violentas; y ni aun la que parecia deber hallarse contenta estaba en reposo; sino que encontrándose, en una ciudad tan grande, con la que estaba temerosa y triste, y vanagloriándose ya de lo venidero, tenian continuos altercados. A Pompeyo, de suyo bastante cuidadoso, cada uno le molestaba por su parte, acusándole unos de que por haber fomentado á César contra sí mismo y contra la república llevaba ahora su merecido; y otros de que cuando este condescendia y se prestaba á condiciones equitativas, habia permitido á Lentulo que lo maltratase. Fabonio le decia que diera una patada en el suelo, aludiendo á que en cierta ocasion, hablando con aire de jactancia en el Senado, se opuso á que se entrara en solicitud y en cuidado sobre preparativos para la guerra; porque cuando el otro se moviese, con dar él una patada en el suelo llenaria de tropas la Italia. Entonces mismo las fuerzas de Pompeyo eran superiores á las de César, sino que nadie le dejaba obrar segun su propio dictámen, y sucediéndose las noticias, las mentiras y los terrores, por decirse que ya el enemigo estaba á las puertas, y todo lo habia sometido, fue arrebatado del impulso común. Decretó pues que se estaba en estado de sedicion, y abandonó la ciudad, mandando que le siguiera el Senado y que no se quedara nadie de los que á la tiranía prefirieran la patria y la libertad.

Los Cónsules huyeron sin haber hecho siquiera antes de su salida los sacrificios prescritos por la ley, y huyeron los mas de los Senadores, tomando á manera de robo lo que era propio, como si fuese ageno. Hubo algunos que habiendo sido antes partidarios

acérrimos de César, cayeron entonces, en medio de la confusion, de su anterior propósito, y sin motivo fueron arrebatados de la violencia de aquella corriente. Era á la verdad espectáculo triste el de Roma, y en medio de aquella tormenta parecia nave de cuya salud desesperan los pilotos, y que es de ellos abandonada para que sea la suerte quien la conduzca. Pues con todo de ser tan lastimosa y miserable esta mudanza, los ciudadanos veian la patria, á causa de Pompeyo, en aquella turba fugitiva; y en Roma no veian sino el campamento de César: de manera que hasta Labieno, uno de los mayores amigos de César, y que habia sido su legado, y habia combatido denodadamente á su lado en todas las guerras de la Galia, se separó entonces de él y marchó á unirse con Pompeyo; pero á Labieno le remitió César su equipage y cuanto le pertenecia. El primer paso de este fue marchar en busca de Domicio, que con treinta cohortes ocupaba á Corfinio, y puso frente de esta ciudad su campo. Dióse Domicio por perdido, y pidió al médico, que era uno de sus esclavos, le diese un veneno; y tomando el que le propinó, se retiró para morir; pero habiendo oido al cabo de poco que César usaba de gran humanidad con los prisioneros, se lamentaba de sí mismo, y condenaba su precipitada determinacion. En esto como el médico le alentase diciéndole que era narcótica y no mortífera la bebida que habia tomado, se puso muy contento, y levantándose, se dirigió á César; y no obstante que este le alargó la diestra, volvió á pasarse al partido de Pompeyo. Llegadas á Roma estas noticias, dilatában los ánimos; y algunos de los que habian huido, se volvieron.

Tomó César el ejército de Domicio, y se anticipó á ir recogiendo por las ciudades todas las demas tropas levantadas para su contrario; con las que hecho ya fuerte y poderoso, marchó contra el mismo Pompeyo.

Mas este no aguardó su llegada, sino que huyendo á Brindis, á los Cónsules los envió primero con el ejército á Dirraquio; y él de allí á poco se hizo tambien á la vela al aproximarse César, segun que en la vida de aquel lo manifestaremos con mayor individualidad. Quería César ir al punto en su seguimien- to; pero faltábanle las naves; por lo que retrocedió á Roma, hecho dueño de toda la Italia en sesenta dias sin haberse derramado una gota de sangre. Como hubiese encontrado la ciudad mas sosegada de lo que esperaba, y que muchos del Senado permanecian en ella, á estos les dirigió palabras humanas y populares, y los exhortó á que enviasen á Pompeyo personas que tratasen con él de una transaccion decorosa; pero no hubo quien se prestara á ello, bien fuese por temor á Pompeyo, á quien habian abandonado, ó bien por creer que no siendo tal la intencion de César, solo usaba del language que el caso pedia. Opúsosele el Tribuno de la plebe Metelo á que tomara caudales del repuesto de la república; y como alegase á este propósito ciertas leyes, le respondió: «que uno era el tiempo de las armas, y otro «el de las leyes; y si estás mal, añadió, con lo que «yo ejecuto; por ahora quítate de delante, porque «la guerra no sufre demasías. Cuando yo haya de- «puesto las armas en virtud de un convenio, enton- «ces podrás venir á hacer declamaciones; y aun es- «to lo digo cediendo de mi derecho: porque mio «eres tú y todos aquellos sublevados contra mí de «quienes me he apoderado.» Al mismo tiempo que dirigia estas expresiones á Metelo se encaminaba á las puertas del erario, y no pareciendo las llaves, envió á llamar cerrageros, á quienes dió orden de que las franquearan; y como Metelo volviese á hacer resistencia, habiendo algunos que lo celebraban, le amenazó en voz alta que le quitaria la vida si no desistia de incomodarle; y esto ya sabes, ó joven, añadió,

que me cuesta mas el decirlo que el hacerlo. Hicieron estas palabras que Metelo se retirara temeroso, y que ya le fuese facil el allegar y disponer todo lo demas necesario para la guerra.

Marchó con tropas á España, resuelto á arrojar de allí ante todas cosas á Afranio y Varron, Lugartenientes de Pompeyo, y á mover, despues de haber puesto bajo su obediencia las fuerzas y provincias de aquella parte, contra Pompeyo mismo, no dejando ningunos enemigos á la espalda. Corrió alli grandes peligros en su persona por asechanzas; y en su ejército principalmente por el hambre; y con todo no se dió reposo, persiguiendo, provocando y circunvalando á los enemigos, hasta hacerse dueño á viva fuerza de sus campamentos y de sus tropas; mas los Gefes pudieron huir, y marcharon á unirse con Pompeyo.

Vuelto César á Roma, le exhortaba su suegro Pison á que enviara mensageros á Pompeyo para tratar de concierto; pero Isaurico, por saber que complacia en ello á César, contradijo este parecer. Elegido Dictador por el Senado, restituyó á los desterrados, y rehabilitó en sus honores á los hijos de los que habian padecido por las proscripciones de Sila, y para alivio de carga hizo alguna reduccion en las usuras á favor de los deudores. Por este término tomó algunas otras providencias, aunque no muchas; y habiendo abdicado esta especie de monarquía á los once dias, se designó Cónsul á sí mismo y á Sorvilio Isaurico; y convirtió su atencion al ejército. Marchaba presuroso, por lo que pasó en el camino á las demas tropas; y no teniendo consigo mas que seiscientos hombres de á caballo escogidos, y cinco legiones en el trópico del invierno, á la entrada del mes de enero, equivalente para los Atenenses al de Poseideon, se entregó al mar; y pasando el Jonio, tomó á Orico y Apolonia, é hizo que los buques

volviesen á Brindis para traer los soldados que se habían retrasado en la marcha. Estos, mientras iban de camino, como ya tuviesen quebrantados sus cuerpos, y les pareciese no hallarse con fuerzas para tal multitud de guerras, se desahogaban en quejas contra César: «¿qué término, decían, pondrá este hombre á nuestros trabajos, trayéndonos y llevándonos como si fuésemos infatigables é insensibles? el hierro mismo se mella con los golpes, y al cabo de tanto tiempo hay que atender á la destreza del escudo y la coraza. ¿Es posible que de nuestras heridas no colige César que manda á hombres mortales, y que el padecer y sufrir tienen que acabarse? La estación del invierno y los borrascosos tiempos del mar, ni á los dioses es dado violentarlos; y este nos agujonea y precipita, no como quien persigue, sino como quien es perseguido de sus enemigos.» Esta era la conversacion que tenían mientras sosegadamente seguían el camino de Brindis; pero cuando á su llegada se hallaron con que César se había marchado, mudando al punto de estremo, empezaron á maldecir de sí mismos, apellidándose traidores de su Emperador; y maldecían á sus caudillos por no haber aligerado mas el viage. Subíanse sobre las eminencias que dominaban el mar y el Epiro para ver si descubrían las naves en que habían de pasar á esta region.

En Apolonia, no teniendo César por suficientes las fuerzas que consigo tenía, y retardándose demasiado las que estaban de la otra parte, perplejo é incomodado tomó una resolución violenta, que fue embarcarse, sin dar parte á nadie, en un barquillo de doce remos, y dirigirse en él á Brindis, estando aquel mar poblado de tantas naves pertenecientes á las escuadras enemigas. De noche pues, envuelto en las ropas de un esclavo, se metió en el barco, y tomando lugar como un hombre oscuro, se quedó ca-

llado. Por el río Aoo había de bajar la embarcacion al mar; y la brisa de la mañana, retirando las olas, suele mantener la bonanza en la desembocadura; pero en aquella noche el viento de mar que sopló con fuerza no dió lugar á que aquella reinase. Acrecentado por tanto el río con el flujo del mar, le hicieron tan peligroso y terrible el ruidoso estruendo y los precipitados remolinos, que dudando el piloto poder contrastar á la violencia de las aguas, dió orden á los marineros de mudar de rumbo con ánimo de volver al puerto. Adviértelo César, se descubre, y tomando la mano al piloto, que se queda pasmado al verle; sigue; buen hombre, le dice, ten buen ánimo, no temas, que llevas contigo á César y su fortuna. Olvídense los marineros de la tempestad, é impeliendo con gran fuerza los remos, porfían con ahinco por vencer la corriente; mas siendo imposible, y haciendo mucha agua el barco, con lo que se puso en gran peligro su misma persona, tuvo que condescender muy contra su voluntad con el piloto, que al cabo dispuso la vuelta. Al desembarcar sálenle al encuentro en tropel los soldados, quejándose y doliéndose de que no crea que con ellos solos puede vencer, y de que se afane y ponga en peligro por los ausentes, desconfiando de los que tiene consigo.

En esto Antonio salió de Brindis conduciendo las tropas; con lo que alentado ya César, provocaba á Pompeyo, establecido en lugar ventajoso, y provisto abundantemente por mar y por tierra; cuando él, habiéndose hallado en estrechez desde el principio, por fin se veía en el mayor conflicto por la absoluta falta hasta de lo preciso; mas con todo, machacando los soldados cierta raiz, y mojándola en leche, así iban tirando; y alguna vez, formando panes con ella, corrían á las avanzadas de los enemigos, y se los arrojaban dentro de sus trincheras, diciendo que mientras la tierra llevase de aquellas rai-

ces, no desistirían de tener sitiado á Pompeyo, el cual no permitía que ni los panes ni estas expresiones llegasen á la muchedumbre, por no desalentar á sus soldados, que temían la dureza é insensibilidad de aquellos enemigos, como podrian las de unas fieras. Continuamente tenían encuentros y combates parciales ante las trincheras de Pompeyo; y en todos se halló César, á excepcion de solo uno, en el que, introducido en sus tropas un gran desorden, estuvo en inminente riesgo de perder su campamento. Porque habiendo acometido Pompeyo, nadie quedó en su puesto, sino que los fosos se llenaron de muertos, y al pie del valladar y de las trincheras perecian á montones. Salió César al encuentro, y procuró contener y hacer volver el rostro á los fugitivos; pero no adelantó nada. Echaba mano á las insignias; mas los que las conducian las tiraban al suelo; de manera que los enemigos les tomaron treinta y dos, y él estuvo muy cerca de perecer; porque habiendo querido contener á un soldado alto y robusto de los que huían, que le pasaba al lado, mandándole que se detuviese y volviese contra los enemigos, este, lleno de turbacion en aquel conflicto, levantó la espada para desprenderse por fuerza; pero el escudero de César se le anticipó, dividiéndole un hombro. Túvose pues por tan perdido, que cuando Pompeyo, por nimia prudencia ó por fortuna suya, no concluyó aquella grande obra, sino que se retiró, contento con haber perseguido á los enemigos hasta su campamento, al volver á él César dijo á sus amigos: hoy la victoria era de los contrarios, si hubieran tenido quien supiera vencer. Entró en su tienda, y cerrado en ella, pasó la noche en la mayor afliccion, no sabiendo qué hacerse, y culpando su desacierto, pues que cayendo cerca una region mediterránea, y ciudades bien surtidas en la Macedonia y Tesalia, habia omitido llevar allá la guerra, y se habia situado

allí á la orilla del mar, cuando los enemigos eran poderosos en él, sitiado mas bien por el hambre, que sitiando á aquellos con sus armas. Afligido y angustiado de esta manera por lo triste y apurado de su situacion, levantó el campo con ánimo de marchar á la Macedonia contra Escipion: porque ó atraeria á Pompeyo donde tuviese que pelear sin estar tan provisto por el mar de víveres, ó acabaria con Escipion si le dejaba solo.

Engriéronse con esto el ejército de Pompeyo y sus caudillos para instar sobre que se acometiese á César, como vencido ya y fugitivo; pero el mismo Pompeyo se iba con mucho tiéto en arriscarse á una batalla en que se aventuraba tanto; y hallándose perfectamente prevenido todo para largo tiempo; se proponia quebrantar y amansar el hervor de los enemigos, que no podia ser duradero; porque los que componian la principal fuerza de César tenían sí disciplina y un ardor invencible para los combates; pero para las marchas, para acampar, para asaltar murallas y pasar malas noches les faltaba el vigor á causa de la edad; y teniendo ya el cuerpo pesado para las fatigas, la debilidad disminuía el arrojó. Decíase ademas que en el ejército de César se padecia entonces cierta enfermedad contagiosa, nacida de la mala calidad de los alimentos: siendo lo mas esencial todavía que no estando sobrado en cuanto á fondos ni abundante en provisiones, parecia que dentro de muy breve tiempo habia de disolverse por sí mismo.

Con Pompeyo, que por estas razones rehusaba dar una batalla, solamente convenia Caton por el deséo de excusar la sangre de los ciudadanos; pues habiendo visto los enemigos que habian muerto en la batalla anterior, que serian unos mil, se retiró de allí cubriéndose el rostro y derramando lágrimas; pero todos los demas insultaban á Pompeyo, porque evitaba el combate, y trataban de precipitarle, llamán-

dole Agamenon y Rey de Reyes, y dándole á entender que no queria dejar la monarquía, hallándose muy contento con que le acompañaran tantos y tales caudillos, y frecuentaran su tienda. Fabonio, queriendo contrahacer la virtuosa libertad de Caton, repetia neciamente este dicharacho: » ¿con qué no podremos este año saborearnos con los hijos de Tusculano por la monarquía de Pompeyo? » y Afranio, que hacia poco habia llegado de España, donde se portó mal, diciéndose que sobornado con dinero habia hecho entrega del ejército, le preguntó ¿por qué no combatia con aquel mercader que le habia comprado las provincias? Importunado Pompeyo con tales improperios, movió por fin contra su voluntad para dar batalla siguiendo el alcance á César. Hizo este con gran dificultad y trabajo todo lo demás de su marcha, pues no solo no encontraba quien le suministrara provisiones, sino que era despreciado de todos por la derrota que poco antes habia sufrido; pero luego que tomó á Gonfos, ciudad de Tesalia, ademas de tener con que mantener sobradamente su ejército, le libertó del contagio por un modo bien extraño; y fue que encontraron abundancia de vino, y bebiendo largamente, así en comilonas como en las marchas, con la embriaguez domaron y ahuyentaron la enfermedad, mudando la disposición de los cuerpos.

Luego que llegaron ambos á Farsalia, y se acamparamos á corta distancia, Pompeyo volvió á adoptar su antiguo propósito, y mas que tuvo apariciones infaustas y una vision entre sueños, pareciéndole en esta que se veía en el teatro aplaudido por los Romanos; pero los que tenia consigo estaban tan confiados, y habian concebido tales esperanzas del vencimiento, que sobre el Pontificado Máximo de César llegaron á altercar Domicio, Espinter y Escipion disputando entre sí; y muchos enviaron á Ro-

ma personas que alquilaran y se anticiparan á tomar las casas proporcionadas para Cónsules y Pretores, dando por supuesto que al instante obtendrian estas dignidades acabada la guerra. De todos los que mas instaban por la batalla eran los de caballería, llenos de vanidad con la belleza de sus armas, con sus bien mantenidos caballos, con la gallardía de sus personas, y aun con la superioridad del número, pues eran siete mil hombres contra mil que tenia César. En la infantería tampoco habia igualdad, porque cuarenta y cinco mil habian de entrar en lid contra veinte y dos mil.

Reunió César sus soldados, y diciéndoles que dos legiones que le traia Cornificio estaban ya cerca, y otras quince cohortes se hallaban acuarteladas con Caleno en Megara y Atenas, les preguntó ¿si querian aguardar á aquellos ó correr solos el riesgo de la batalla? y ellos clamaron que nada de esperar; y mas bien le pedian hiciera de modo que cuanto antes vieran á las manos con los enemigos. Al hacer la purificacion del ejército y sacrificar la primera víctima, exclamó al punto el adivino que al tercero día se decidiria en batalla la contienda con sus enemigos. Preguntándole César si acerca del éxito veia alguna buena señal en las víctimas: tú, le dijo, podrás responderte mejor por tí mismo, porque los Dioses significan una gran mudanza y trastorno del estado actual en el contrario: por tanto si á tí te parece que ahora te va bien, debes esperar peor fortuna; y mejor si entiendes que te va mal. A la media noche de la que precedió á la batalla cuando recorria las guardias se vió una antorcha de fuego celeste, que siendo brillante y luminosa mientras estuvo sobre el campo de César, cayó al parecer en el de Pompeyo; y á la hora de la vigilia matutina percibieron que se habia suscitado un terror pánico entre los enemigos. Con todo él no esperó que se diese en aquel día

la batalla, y así levantó el campo como para encaminarse á Escotusa.

Cuando ya se habian recogido las tiendas vinieron las escuchas, anunciándole que los enemigos bajaban dispuestos para batalla, con lo que se alegró sobremanera; y haciendo súplicas á los Dioses, ordenó su ejército en tres divisiones. El mando del centro lo dió á Domicio Calvino; y de las alas tuvo una Antonio, y él mismo la derecha, habiendo de pelear en la legion décima; y como viese que contra esta estaba formada la caballería enemiga, temiendo su brillantez y su número, mandó que de lo último de su batalla vinieran sin ser vistas seis cohortes adonde él estaba, y las colocó detras del ala derecha, instruyéndolas de lo que debian hacer cuando la caballería enemiga acometiese. Pompeyo tomó para sí el ala derecha, la izquierda la dió á Domicio, y el centro lo mandó su suegro Escipion. Toda la caballería amenazaba desde el ala izquierda con intencion de envolver la derecha de los enemigos, y causar el mayor desórden donde se hallaba el mismo General; porque les parecia que fondo ninguno de infantería podria bastar á resistirles, sino que todo lo quebrantarian y romperian en las filas enemigas, cargando de una vez con tan grande número de caballos. Mas al tiempo de hacer ambos la señal de la acometida, Pompeyo dió orden á su infantería de que se estuviera quieta, y á pie firme esperara el ímpetu de los enemigos hasta que se hallaran á tiro de dardo; en lo que dice César cometió un gran yerro, no haciéndose cargo de que la acometida con carrera se hace en el principio temible, porque da fuerza á los golpes, y enciende la ira con el concurso de todos. Por su parte cuando iba á mover sus tropas, y con este objeto las recorria, vió entre los primeros á un cabo de los mas fieles que tenia, y muy experimentado en las cosas de la guerra, que estaba

alentando á los que mandaba, y exhortándolos á portarse con valor. Saludóle por su nombre: »y ¿qué podremos esperar, le dijo, Cayo Crasinio? ¿cómo estamos de confianza?» y Crasinio, alargando la diestra y levantando la voz: »venceremos gloriosamente, ó César, le respondió; porque hoy ó vivo ó muerto me has de dar elogios:» y al decir estas palabras acomete el primero á carrera á los enemigos, llevándose tras sí á los suyos, que eran ciento y veinte hombres. Rompe por entre los primeros, y penetrando con violencia y con mortandad bastante adelante, es traspasado con una espada, que hiriéndole en la boca, pasó la punta hasta salir por el colodrillo.

Cuando de este modo chocaban y combatian en el centro los infantes, movió arrebatadamente del ala izquierda la caballería de Pompeyo, alargando su formacion para envolver la derecha de los enemigos; pero antes de que llegue salen las cohortes de César, y no usan segun costumbre de las armas arrojadas, ni hieren de cerca á los enemigos en los muslos y en las piernas, sino que asestan sus golpes á la cara, y en ella los ofenden, amaestrados por César para que así lo ejecutasen, por esperar que unos hombres que no estaban hechos á guerras ni á heridas, jóvenes por otra parte y preciados de su hermosura y belleza, evitarian sobre todo esta clase de heridas, no tolerando el peligro en el momento presente, y temiendo la vergüenza que habian de pasar despues; como efectivamente sucedió; porque no pudieron sufrir las lanzas dirigidas al rostro, ni tuvieron valor para ver el hierro delante de los ojos, sino que ó volvieron ó se taparon la cara para ponerla fuera de riesgo. Finalmente, asustados por este medio dieron á huir, echándolo todo á perder vergonzosamente; porque los que vencieron á estos envolvieron la infantería, y la destrozaron cayendo por la espalda. Pompeyo

cuando desde la otra ala vió que los de caballería se habian desbandado entregándose á la fuga, ya no fue él mismo hombre, ni se acordó de que se llamaba Pompeyo Magno; sino que semejante á aquel á quien Dios priva de juicio, ó que queda aturdido con una calamidad enviada por la ira divina, enmudeció y marchó paso á paso á su tienda, donde sentado daba tiempo á lo que sucediera; hasta que puestos todos en fuga, acometieron los enemigos al campamento, peleando contra los que habian quedado en él de guardia. Entonces como si recobrarla la razon, sin pronunciar, segun dicen, mas palabra que esta: *con que hasta el campamento?* se despojó de las ropas propias de General de ejército, mudándolas por las que á un fugitivo convenian, y salió de alli. Qué suerte fué la que tuvo despues, y cómo habiéndose entregado á unos Egipcios recibió la muerte, lo declararemos en lo que acerca de su vida nos proponemos escribir.

Luego que César entrando en el campamento de Pompeyo vió los cadáveres alli tendidos de los enemigos, á los que todavía se daba muerte, prorumpió sollozando en estas expresiones: «esto es lo que han querido y á este estrecho me han traído; pues si yo Cayo César, despues de haber terminado gloriosamente las mayores guerras hubiera licenciado el ejército, sin duda me habrian condenado.» Asimio Polcon dice que César pronunció estas palabras en latin en aquella ocasion, y que él las puso en griego; añadiendo que de los que murieron en la toma del campamento los mas fueron esclavos, y que soldados no murieron sobre seis mil. De los infantes que fueron hechos prisioneros César incorporó en las legiones la mayor parte, y á muchos de los mas principales les dió seguridad, de cuyo número fue Bruto, el que despues concurrió á su muerte, acerca del cual se dice que mientras no parecia es-

tuvo lleno de cuidado, y que cuando despues apareció salvo se alegró extraordinariamente.

Muchos prodigios anunciaron aquella victoria; pero el mas insigne fue el sucedido en Tralis. Habia en el templo de la Victoria una estatua de César, y todo aquel terreno, ademas de ser muy compacto por naturaleza, estaba enlosado con una piedra dura, y se dice que nació una palma por entre la base de la estatua. En Padua Cayo Cornelio, varon muy acreditado en la adivinacion, conciudadano y conocido del historiador Tito Livio, casualmente aquel día estaba egercitado en su arte augural, y en primer lugar supo, segun refiere Livio, el momento de la batalla, y dijo á los que se hallaban presentes: «ahora se agita la gran cuestion, y los ejércitos vienen á las manos.» Despues pasando á la inspeccion y observacion de las señales, se levantó gritando con entusiasmo: «venciste, César!» y como los circunstancias se quedasen pasmados, quitándose la corona de la cabeza, dijo con juramento que no volvería á ponerse hasta que el hecho diese crédito á su arte. Livio confirma la relacion de estos sucesos.

César habiendo dado la libertad á la nacion de los Tesalios en gracia de la victoria, siguió el alcance á Pompeyo, y llegado al Asia dió tambien la libertad á los de Gnido en honor de Teopompo, el que recopiló las fábulas; y á todos los habitantes del Asia les perdonó la tercera parte de los tributos. Habiendo arribado á Alejandria, muerto ya Pompeyo, abominó la vista de Teodoto, que le presentó la cabeza de Pompeyo; y al recibir el sello de este no pudo contener las lágrimas. De los amigos y confidentes del mismo, á cuantos andaban errantes ó habian sido hechos prisioneros por el Rey les hizo beneficios y procuró ganarlos. Asi es que escribiendo á Roma á sus propios amigos les decia que el fruto mas grato y mas señalado que habia cogido de